

frases, Berthelier rompió su silencio como un mudo que comenzara por primera vez á usar de la palabra.

La elocuencia, que le prestaba su conviccion, arrebató á los circunstantes, quienes le acompañaron al seno de los gremios y asociaciones capitales de la republicana ciudad suiza. Friburgo en aquel momento no pudo hacer otra cosa mas que mandar una embajada respetable á Ginebra y dolerse como de propios agravios, de los inferidos por su tiránico gobierno llamándole á la razon y al derecho. Segun algunos historiadores y especialmente aquel que por ginebrino y calvinista refiere con mas calor y vida todos estos hechos, el célebre Merle D'Aubigne, á tal conferencia se debe la denominacion de hugonotes dada vulgarmente á los luteranos franceses, denominacion embellecida é inmortalizada por la historia y por el arte. Al irse los enviados friburguenses llamaron los partidarios del duque á los partidarios de Berthelier á ellos unidos, con el nombre de confederados, y usaron para escarnecerlos y vejarlos como adictos á una ciudad extranjera donde ya se habla el aleman, la palabra alemana de *Eidesgenossen*. Y como no supieran pronunciarla bien, degeneró en la palabra *hugonote*. Otros rechazan tal origen y dicen que provino del nombre de Hugo, popular jefe de los protestantes en la ciudad de Besanzon. Sea de esto lo que quiera, el partido revolucionario se llamó como en Francia Hugonote y el partido reaccionario se llamó, á causa sin duda de su servilismo y de su violencia, partido Mameluco. El proceso de Pecolat resultó manzana de discordia entre unos y otros ginebrinos. Perteneciente la mayoría del pueblo á los revolucionarios, libertó penetrando en la prision al pobre zapatero, víctima de las iras episcopales. Pero en cambio dos jóvenes aventureros, pertenecientes á los bandos avanzados de Ginebra, que marcharan á Turin, fueron cogidos sin razon, encarcelados sin tardanza, y muertos por decapitacion sin piedad. El obispo exigió que trucidaran sus cuerpos, y mandándole cabezas y brazos salados como carne de cerdo, diéranle ocasion á exponerlos en público para escarmiento de revolucionarios. En efecto, á las orillas del Arve, sobre frondoso nogal, pendian al viento los miembros despedazados de las dos víctimas, con espanto de toda la poblacion y dolor indecible de sus respectivas familias.

A tales infamias, sucede una indignacion universal en la conciencia pú-

blica; y á esta indignacion universal, un proyecto de alianza estrecha con los antiguos confederados suizos. En los primeros meses de 1519 se vota en consejo la indispensable alianza; y despues del voto, se agravan las maquinaciones continuas de obispo y duque. En efecto, merced á estas maquinaciones, el cabildo eclesiástico protesta contra los proyectos del cabildo popular y promueve con tal inmixtion, ajena por completo á su competencia, disgustos y aun movimientos populares. Mal en verdad lo pasáran aquellos canónigos, de no interponerse la grande autoridad de Bonnivard y sus buenos oficios entre la Iglesia y el pueblo. Al fin, por la primavera de 1519, el ejército de Saboya circunda la ciudad de Ginebra. Hubiérase dicho que los sitiadores celebraban un torneo mas que un asedio, segun el lujo desplegado en sus personas y los festejos promovidos en sus campamentos. Ginebra sin embargo se apercibia con reflexion y serenidad á una gran resistencia. En vano los ducales quisieron sorprenderla en mitad de la noche á traicion y por engaño; la vigilancia de los ciudadanos deshizo y rompió la bien urdida trama. Sin embargo, lo que no pudo lograr la perfidia del valor de aquellos ciudadanos, logrólo de su generosidad. Y prometiéndoles ir de paso por sus calles, consiguió que le abrieran las puertas y le prestaran seguro alojamiento. Y sin embargo, trataron á la ciudad como ciudad conquistada y la pusieron á saco cual, si en vez de rendirse á sus halagos, se hubiera rendido á sus armas. Quien así faltaba por tan vil suerte á los principios universales de la guerra y á las palabras y á los juramentos del honor, mal podia guardar ningun género de consideraciones; y se escribieron listas de proscripcion y se apresaron los mejores y mas ilustres ciudadanos.

Inútil decir que caerian bajo tan terrible persecucion los dos hombres, cuya vida estaba completamente á servicio de la libertad ginebrina, Bonnivard y Berthelier. Este último, el mas aborrecido por ser tambien el mas entusiasta, fué entregado á procedimientos ilegales y á jueces ilegítimos. Absuelto una vez ya por su tribunal propio, compúsose un tribunal amañado y con expreso encargo de condenarlo. No fué, pues, un reo, fué un mártir. Le designó la tiranía para que sin respeto ninguno á la justicia y á las leyes lo rematara la violencia. En efecto, por agosto las puertas del castillo de la isla se abrieron, los guardias del obispo se presentaron, y tras ellos apareció el



gran ciudadano, seguido á pocos pasos del verdugo. Aun no se habia acercado al muro que lame con tanto estruendo el Ródano, como si quisiera llevárselo en su impetuosa corriente, cuando, á una voz del preboste, cayó de rodillas el héroe; y al caer de rodillas, rodó por el suelo su cabeza. En realidad parecia desde aquel entonces descabezaba Ginebra.

Muere por 1523 el bastardo Juan de Saboya que tantos crímenes consumara, y le sucede Pedro de Baume, el cual no se da punto de reposo en perseguir las libertades ginebrinas, como si la tiranía estuviese vinculada en el episcopado. Ayúdale á este fin el duque de Saboya Cárlos III, quien se ensoberbece mucho como unido en parentesco estrecho con el Emperador á causa de su matrimonio, por el cual llegan á llamarse hermanos, como maridos de dos infantas portuguesas. Cárlos, despues de su matrimonio con Beatriz de Portugal, halaga en fiestas continuas á Ginebra, y resultando inútiles sus halagos, resucita las antiguas persecuciones. En efecto, durante aquel gran litigio entre la casa de Saboya y la libertad de Ginebra, si Berthelier habia representado al ciudadano probo é íntegro, Lebrier habia representado el derecho tradicional de la ciudad republicana. Y esta representacion debia costarle la vida, porque trataba el tirano de torcerle á sus miras y de arrancarle declaraciones favorables á su ambicion. Entero, inaccesible al miedo, resignado á la muerte, con los ojos puestos en la propia conciencia y el pensamiento en la posteridad, Lebrier tiene, á la hora suprema de su paso desde este mundo al otro, en la inteligencia toda la frialdad de un estoico y en el corazon todos los fervores de un cristiano. Al pié de los Alpes, bajo cielo purísimo, en noche de luna, cuando todo parecia convidar á la vida, entre los primeros efluvios de la primavera, en la planicie de una torre feudal, rodeado de los guardias del duque como Cristo de los sayones de Pilatos, muere con los nombres de Dios y de libertad en los labios, y al despedir la caliente sangre de su inerte tronco, riega el árbol de la república que tenderá las benéficas ramas sobre su idolatrada patria. Tras este martirio sobreviene una paralización completa en la soberbia voluntad del tirano. Amedrentado por el ceño que la ciudad le opone, huye de su seno, pero sin poder huir de los propios remordimientos.

Y sin embargo al poco tiempo vuelve con un ejército y acecha de nuevo

á la ciudad. Esta, que habia respirado algun tiempo libre, vuelve á caer presa del terror. Los mas ilustres y populares ciudadanos la dejan, como dejaban los israelitas la capital de los Faraones. Un éxodo de republicanos perseguidos recorre los campos de Suiza y entra en sus sacros hogares. Lo cierto es que asechanzas, intrigas, armas, fuerzas, todo se estrella contra la libertad. En vano los Papas excomulgan, los Emperadores mandan, los Reyes amenazan, los obispos traicionan; el pueblo, parapetado en la fortaleza de sus derechos históricos, defiende su soberanía. Y cuando parece mas próximo á una derrota, consigue mayores y mas ruidosas victorias. Alzada Ginebra entre la tiranía de Saboya y la libertad de Suiza, con la noble alianza de esta contrasta la terrible opresion de aquella. En vano un obispo, como el bastardo de Saboya que debiera llamarse un ayudante del verdugo, pone su báculo á servicio del cetro de los tiranos; en vano otro obispo, Pedro de Baume, duda y vacila entre Ginebra y sus opresores con una cobardía de ánimo y una vileza de complexion que tendrán su castigo eterno en las páginas de la historia: Ginebra, inspirada por sus tribunales, sostenida por sus ciudadanos, fecundada por sus mártires, se levantará en los cielos del espíritu á fundar la religion de la libertad. Aquellas ideas republicanas que contenian los libros de los Profetas; aquellos apóstrofes del Evangelio contra los opresores; aquel ministerio de los primeros obispos sorprendidos por la irrupcion bárbara y alzados como escudos entre los tiranos y los opresos; aquella democracia cristiana difundida por los cánticos de San Francisco de Asís; los apotegmas democráticos de los concilios de Basilea y Constanza; la reforma premeditada y feliz de Savonarola, todo el movimiento progresivo de la idea de Cristo se cuajará en Ginebra, destinada por providencial ministerio á educar á los republicanos de Suiza y á los republicanos de Holanda y á los republicanos de Inglaterra y á los republicanos de América en la religion del derecho y de la libertad. Y obrará este milagro porque un hombre, Calvino, repetirá en su seno esta palabra evangélica: «Solamente la verdad os hará libres.» Estudie-mos á este hombre.